

La muerte en el pensamiento de Séneca: una lección moral

P

or un sendero eminentemente moral nos conducen las reflexiones sobre la muerte del pensador Lucio Anneo Séneca (4 a.C. - 65 d.C. aprox., Córdoba, España), quien tiene sus bases ideológicas en el grupo de pensadores conocido como estoicos.¹ Esta corriente filosófica pugnó por una existencia humana que viviera en consonancia con el orden universal.

La teoría senequista se emparenta con el estoicismo en algunas consideraciones, pero en otras se separa de él. Ambos coinciden en que la naturaleza del ser humano es la razón; pero el filósofo cordobés matiza esta relación al considerar que el individuo alcanza un nivel moral y digno cuando se perfila como guerrero, puesto que no se trata de resignarse a los deseos de la naturaleza, como dirían los estoicos, sino de tener una actitud de lucha frente a ellos.

Las valoraciones de Séneca sobre el tópico de la muerte muestran un acercamiento a la vida y una manera de afrontarla desde ella misma, no desde fantasmas que inspiran temor a la muerte. Así pues, conforme al pensamiento senequista, no hay que tener miedo a lo que no existe. “Cada día morimos: cada día se nos quita alguna parte de la vida, e incluso cuando crecemos nuestra vida decrece”

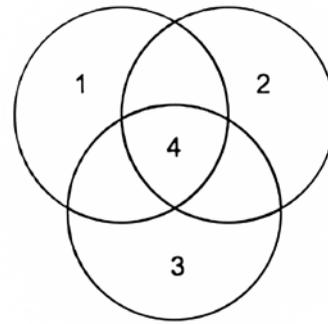
1 El estoicismo se originó en las provincias de la antigua Roma, con las aportaciones de Zenón de Citio, Cleanto y Crisipo. Más tarde, la corriente hizo eco en Diógenes el Babilonio, Antípater de Tarso, Panecio de Rodas y Posidonio de Apamea. En su fase ulterior, sus representantes fueron Lucio Anneo Séneca, Musonio Rufo, Epicteto y Marco Aurelio. Para los estoicos, el principio fundamental que debía regir toda vida humana era el seguimiento de los designios de la naturaleza, lo cual proveía de sabiduría al hombre (para mayor información sobre el tema, véase Jean Brun, 1997).

(Séneca, 1998: 39). De este modo, la muerte nos acompaña adelante y atrás, porque el espacio que cubre es más notorio en el pasado y en el futuro. Por decirlo de alguna manera, la vida está rodeada de muerte; tanta es la cercanía, que cada instante que pasa muere de forma inmediata sucediéndole uno nuevo. Se vive sólo durante un momento cortísimo, que no es percibido porque, en un parpadeo, le sucede otro. “Erramos al pensar que la muerte sigue a la vida, siendo lo cierto que la precedió y la seguirá” (Séneca, 1998: 39). Estos instantes comienzan con el nacimiento y son interrumpidos cuando no hay otro que los sustituya.

La muerte se encuentra siempre en permanente acecho, pisando los talones a toda sugerencia de vida, hasta que termina con ella, porque ésta es la que avanza hacia la muerte. Es preciso aclarar que el término ‘muerte’ se emplea en referencia a lo ya fenecido, lo que ya no está, lo que no se aprovecha o que una vez aprovechado se olvida.

Lo menos perceptible de la muerte es el instante que se reduce a nada a causa del siguiente. Cada momento desaparece como por arte de magia, pero no lo consideramos porque le sobreviene otro, hasta que aparece el último: el más notorio y angustiante. Se puede decir que la muerte aniquila ininterrumpidamente la vida, la hace desaparecer. Los instantes fenecidos o sustituidos llegan a ese mismo no lugar del que partieron: “La muerte es el no ser. En qué consiste esto bien lo sé. Será después de mí lo que fue antes de mi existencia. Si tal situación conlleva algún sufrimiento, es necesario haberlo experimentado también antes de surgir a la vida; ahora bien, entonces no sufrimos vejación alguna” (Séneca, 2001: I, 219).

Antes de nacer se estaba en la muerte y todo regresa a ella. Es así que ésta abarca más cosas que la vida, porque todo se dirige a la nulidad, porque la vida es tiempo; lo demás es no vida, muerte. Lo anterior se ilustra en el siguiente esquema:



1. Lo que se desaprovecha estando esclavizados al presente y constituye el olvido de sí. La parte del círculo 1 que no coincide con los otros dos pertenece a la muerte.
2. Lo que no se aprovecha por pensar continuamente el pasado con añoranza, al creer que es mejor que el presente. La porción del círculo número 2 que no coincide con el 1 ni con el 3 pertenece a la muerte.
3. Lo que se desaprovecha por sumergirse en la esperanza, con la expectativa de tiempos mejores. La sección del círculo 3 que no se conecta con los otros dos pertenece a la muerte.
4. Lo aprovechado contempla los tres círculos. El segmento número 4, en que coinciden los tres círculos, pertenece a la vida.

Si como expresa la última cita, antes de nacer estábamos en la muerte y después de la vida volveremos a ella, lo que está entre la emergencia al mundo y el momento que cierra la sucesión de instantes es la vida: el núcleo de la muerte. Ambas, vida y muerte, son correlativas. Más aún ¿cómo sabríamos de la una sin la otra?

En esta dicotomía, la principal causa de preocupación que genera pensar en la muerte es el significado usual que le asignamos a ésta. En la vida persiste siempre el temor a la muerte, incluso a la vida, pero ¿por qué condenar algo que se desconoce? “La mayoría fluctúa miserablemente entre el miedo a la muerte y las penas de la vida, y no quiere vivir, pero no sabe morir” (Séneca, 2001: I, 12). Saber que la muerte acompaña a la vida es quitarse el velo de los ojos que no permite observar que ambas son ineludibles. Por tanto, no es aconsejable una excesiva preocupación por ninguna de las dos; una vida tranquila no estriba en aferrarse a cualquiera de ellas.

Se debe considerar que la muerte es como un juego de luz y sombra en relación con la vida, un aspecto necesario e inconmensurable para hacerse consciente de ella, el elemento que siempre estará a su lado, su implicación más segura:

La muerte es algo con lo que siempre hay que contar. La muerte es la gran aleccionadora de la vida. El temple ante la vida no es otro que el temple ante la muerte. La muerte es la dimensión más real de la vida humana; la única cara de la vida absolutamente veraz, porque es la única absolutamente real. La muerte es el momento culminante de la existencia, la escena definitiva de la tragedia de ésta, y da por lo mismo, su sentido a la tragedia entera (García-Borrón, 1956: 202).

La muerte no es un problema, no es un asunto que nos deba preocupar en exceso, porque es lo más seguro. Más bien, debemos ocuparnos de la vida mientras la vivimos.

Aludir a la muerte es tocar un punto crucial, pues es el motivo que hace las veces de lindero, de guía o de base, a la organización de toda acción humana. Se entiende que la vida es en función de la muerte; todo ser humano realiza acciones en un marco de posibilidades. El punto del que partimos y al que llegaremos es la muerte. Sin embargo, la vida es lo único que tenemos a la mano, pero es limitada por la esfera de la muerte; es decir, nuestros proyectos han de planearse dentro del horizonte que ésta nos marca. Nuestra vida dependerá no de ella misma, sino de los límites que, conformados con la muerte, moldean la existencia. Insensato aquel que planea del otro lado de la orilla. Lejos de la vida no se planea nada, aunque algunos lo hagan en la ficción. La muerte está lejos de ser una posibilidad, porque de ella sólo se sabe, por la diferencia y el punto de referencia que tiene con la vida, que no es.

No obstante, “la muerte está siempre presente; no sólo en cuanto toda vida se dirige, como a su término, hacia la muerte, sino en cuanto la muerte está siempre ya en la vida, mirándola, carcomiéndola, desarrollando sin descanso su obra” (García-Borrón, 1956: 200). A pesar de que la vida y la muerte no son la misma, están demasiado cerca, no hay una frontera visible que las separe:

una se oculta detrás de la otra, nunca se desligan. La muerte acompaña a la vida hasta el final de su trayectoria; por ello no hemos de admirarnos ni sorprendernos con la inminencia del último instante, puesto que los anteriores se contienen en él.

Tener miedo a la muerte es tener miedo a la vida y este temor no ayuda a vivir, al contrario, perjudica. Si se puede precisar una constante en la obra de Séneca sería el amor a la dignidad humana. Así, quien teme a la muerte nunca hará algo digno, pero quien “sepa que la muerte le fue asignada con el hecho mismo de su concepción, vivirá justamente” (García-Borrón, 1956: 200). En el nacer está el morir, no hay por qué espantarse o atemorizarse por una condición natural del ser humano.

Séneca escribe algunas consideraciones a Marcia cuando muere el hijo de ésta. En ellas le dice que la muerte es anunciada desde el



Sin título (2012), Mexicaltzingo. Foto: Fernando Oscar Martín.

nacimiento y, por ende, que es razonable dolerse por el ser querido, pero no por tiempo prolongado. Le deja, por último, la reflexión: no lo hubiera traído al mundo si no quería que se muriese, no porque sea malo morir, sino sufrir en exceso, porque “tan insensato será lamentar que un tiempo no viviremos como lamentar que en otro tiempo, el anterior a nuestro nacimiento, no habíamos vivido” (García-Borrón, 1956: 208-209).

Lo único que hay que temer de la muerte es el temor que inspira. De él, sí es menester cuidarnos, liberarnos de esa pasión, no esclavizarnos a ella, puesto que es perjudicial para los humanos por cuanto modifica sus acciones. Quizá, la muerte es temible porque es desconocida. De hecho, se puede pensar que ni siquiera debemos temerle, porque el propio temor se acaba en ella, ya que únicamente lo que está dotado de vida es capaz de experimentar temor.

Es bien sabido que hemos nacido para morir. En este tenor, resulta extraño y contradictorio que nos quejemos por la muerte de alguien sabiendo que tiene que suceder, por consiguiente, debemos estar preparados. Séneca se dirige a Lucilio de la siguiente manera: “¿te enteraste ahora por vez primera que se cierne sobre ti la amenaza de la muerte, del destierro, del dolor? Has nacido para estos trances. Cuanto puede suceder pensemos que ha de suceder” (2001: I, 108). En este pasaje, el cordobés alude a la muerte como hecho real y seguro, se muere no de las causas que en la actualidad referimos ni de vejez ni de enfermedad, sino como consecuencia, como acto culminante de la vida: “no caemos repentinamente en la muerte” (Séneca, 2001: I, 109), sino poco a poco.

La muerte no entraña bien ni mal porque no es, solamente puede ser bueno o malo aquello que es; mas lo que no es y en nada convierte todo no nos reporta algo, mucho menos buena o mala fortuna. “Pues hasta ahora no perdura en nosotros la infancia, sino un defecto mayor, la mentalidad infantil” (Séneca, 2001: I, 11); conservarla implica

sentir temor ante situaciones asignificantes. No puede ser dañado lo que no es. Cuando se abandona la vida, se abandona también lo que hay en ella. En la muerte no se puede ser desgraciado: se deja de ser, y no se puede ser desgraciado y estar muerto simultáneamente.

Quien no quiere la muerte es porque no quiere la vida. Lo anterior involucra la base de una moral si se atiende al valor que se le otorga a la vida con respecto a la muerte. El aceptar la muerte ayuda a vivir sin temor. Se deben vencer todos los obstáculos que se oponen a una vida moral, cultivar aquello que la ayuda, pues, precisamente, un punto fundamental de la moral senequista es la consideración de la muerte en tanto necesaria, como suceso natural al que es posible caer después de un proceso preparatorio, cuyo objetivo es percibirla como hecho moralizador.

Desde la perspectiva de Séneca, se debe meditar sobre la condición mortal del ser humano, además de reflexionar sobre una preparación para la muerte: “dispongamos nuestra alma en orden a querer todo cuanto la situación nos exija, y en primer lugar, a pensar sin tristeza en nuestro fin. Hemos de aparejarnos para la muerte antes que para la vida” (Séneca, 2001: I, 255).

Si hay una etapa en la que el individuo percibe más la muerte es la vejez, pero no por ello la vida debe despreciarse. Incluso con la muerte rondando, “es gratisima la edad que ya declina, pero aún no se desploma, y pienso que aquella que se mantiene aferrada a la última teja tiene también su encanto; o mejor dicho, esto mismo es lo que ocupa el lugar de los placeres: no tener necesidad de ninguno” (Séneca, 2001: I, 46). En la vejez, las pasiones y las necesidades se mantienen alejadas, se contempla la vida desde el último escalón, se mira la muerte desde la proximidad. Pero también los jóvenes experimentan su cercanía, pues tienen la posibilidad latente de morir. Como consecuencia, cada día se ha de valorar y aprovechar como si fuera el último que se vive: con tranquilidad de que sea el final, sin olvidar que la muerte es su sustento.

Para Séneca, la razón ocupa el primer lugar en la escala de la naturaleza humana. Ella dirige los actos, caracteriza y distingue a los humanos de los demás seres. Aprender a manejarla es tarea difícil. Después de muchas

generaciones todavía contamos con las mismas debilidades: recurrimos a los dioses y pedimos su ayuda, obedecemos estatutos diseñados por otros, seguimos otras mentes, no la nuestra.

La serenidad y claridad se obtienen a partir de uno mismo. No resulta descabellado decir que debemos mantenerlas cuando la muerte se posa sobre nosotros. La serenidad debería ser un rasgo peculiar de la meditación sobre la vida; una característica de la razón: “ni los niños pequeños ni los enajenados temen la muerte, y es sumamente vergonzoso que la razón no garantice aquella serenidad que aporta la falta de juicio” (Séneca, 2001: I, 153). De lo contrario, la falta de juicio se situaría por encima del raciocinio, aspecto que los estoicos, incluyendo al propio Séneca, desaprueban bajo la idea de que la naturaleza del hombre es tender a la razón; hay que seguirla, dicen ellos, pues la sinrazón nos encamina a la esclavitud, a ser cualquiera, menos nosotros mismos.

La vida consta del aprovechamiento que se le dé. Este pensamiento es también aplicable a la muerte. Se debe morir de pie, de forma digna, sin importar qué tan pronto sea. Es comprensible que Séneca aconseje a Lucilio: “tú ni te entregarás, ni suplicarás por tu vida; debes morir erguido e invicto ¿de qué sirve además, beneficiarse de unos días o de unos años? Nacemos para una lucha sin piedad” (2001: I, 154). La batalla consiste en mantener la entereza de quien ama la vida y no desprecia la muerte.

La muerte no consiste en salir por el camino más vergonzoso, propio de quien ruega un momento más cuando se encuentra frente a la posibilidad de morir; sino en morir bien, aceptando la muerte después de reconocer el valor de la vida. Se debe morir con dignidad, no suplicar la vida.

Para Lucio Anneo Séneca, caer en la muerte con dignidad y serenidad no equivale exclusivamente a morir de vejez o enfermedad, también considera el suicidio como una forma de salir de la vida, la cual no excluye el ‘morir bien’. El autor aclara que el suicidio no es válido en todas las circunstancias, opta por él en casos extremos, por ejemplo, cuando la vejez o la enfermedad ya no permiten el aprovechamiento de la vida, pues

ésta no se trata de una prueba de resistencia o de duración, sino de vivir según su finalidad: la felicidad,² y “la vida feliz es la que se adapta a la naturaleza del individuo” (Séneca, 1998: 44). En otro texto, el latino comenta lo siguiente respecto al suicidio:

No abandonaré la vejez en el caso de que me conserve íntegro para mí mismo, pero íntegro en aquella parte más noble; por el contrario, si comienza a perturbar mi inteligencia, a desquiciarla en sus funciones, si no me permite ya vivir, sino respirar, saltaré fuera de un edificio descompuesto y ruinoso [...] no rehuiré con la muerte la enfermedad en tanto sea curable y no perjudicial para el alma. No me haré violencia con las manos a causa del sufrimiento: morir así supone ser vencido. No obstante, si me doy cuenta de que he de sufrir constantemente el dolor, partiré, no por causa de él, sino porque me va a poner obstáculos para todo aquello que motiva la vida. Es débil e indolente quien a causa del sufrimiento decide su muerte, necio quien vive para sufrir (Séneca, 2001: I, 245).

El suicidio sólo debe llevarse a cabo cuando el cuerpo no está en condiciones para seguir, es decir, cuando alguna enfermedad obstruye su entereza racional. No se vuelve ni mala ni buena opción, sólo una opción, pues, como he mencionado, no se trata de durar sino de vivir y, si no se puede vivir, para qué durar. Dicho de otra manera, para qué seguir si es un martirio, para qué vivir cuando es casi insoportable. Entonces, vivamos cuando aún estemos enteros, cuando la capacidad racional permanezca con nosotros.

2 “El bien supremo, el supremo fin [...] consiste en vivir con la ciencia de lo que es conforme a la naturaleza y en hacer propio este saber. La felicidad consiste en el transcurso armonioso de la vida: por eso el sabio es siempre feliz” (Brun, 1997: 105).



Danza de moros y cristianos (2011), Atlatlahuca, Tenango del Valle. Foto: Fernando Oscar Martín.

“En efecto, está decidido que mueras algún día, aun contra tu voluntad, y que mueras cuando te plazca está en tu mano; lo primero es inevitable, lo segundo se te permite” (Séneca, 2001: II, 363), siempre y cuando no se deba a debilidad e indolencia. Permitir que la muerte, por causas naturales, interrumpa definitivamente la vida no es la única elección. Tenemos también la de morir por propia mano, lo que Séneca llama ‘libertad’:³ “la verdadera libertad consiste en no ser esclavo de las pasiones” (Veyne, 1996: 154), incluyendo el temor que inspira la muerte.

Hay hechos de la vida que, conforme al estoicismo, están sujetos a un destino, como la misma muerte; pero otros dependen de la voluntad del hombre, como las acciones: “no soy libre de hacer que llueva o no llueva, pero sí de comportarme de tal o cual modo ante ese acontecimiento exterior” (Brun, 1997: 99-100); de igual manera, no lo soy de decidir si muero o no, como consecuencia de vida, pero sí de apresurar el hecho de mi muerte cuando mi razón pelagra. El destino que refieren los estoicos no

3 Séneca no aborda ampliamente el problema de la libertad, por esto sólo mencionaré que, para él, libre quería decir “señor de sí mismo”, de sus actos, de su propia vida independiente (no-obligado).

entraña determinismo en que sólo hay que esperar tal o cual evento, sino un camino por seguir mediante acciones libres.

La muerte voluntaria ocupa un lugar importante en la teoría senequista al considerar la libertad para decidir cuándo salir de la vida. Lo que llena el vaso no es la última gota sino las que ya forman parte del contenido; dicho de otro modo, la muerte no la hace el último momento, sino los que han pasado. Por ello, para el autor latino, el suicidio “era admitido, con reservas, [...] como un acto libre, cuando se decidiera y fuera conveniente” (García-Borrón, 1956: 236).

Un planteamiento como el anterior podría desatar malos entendidos, mas lo que debe considerarse es la moralidad que subyace en las afirmaciones de Séneca respecto al suicidio. Lo que le preocupa es la dignidad moral humana presente en ese acto, no sus consecuencias jurídicas o sociales. El suicidio está permitido en tanto forma moral: “la muerte, en fin, nos da una última lección moral: ella deja al hombre en lo que es e iguala radicalmente a los hombres todos” (García-Borrón, 1956: 216). Tanto esclavo como amo tienen la muerte como destino. Ella es una gran aleccionadora que actúa sin dejarse perturbar, pues es justo que muera alguien que ha vivido. Es viable aplicar nuestra última voluntad o libertad a nosotros mismos. Así, el suicidio se convierte en un acto al que todos tenemos acceso y libertad.



Danza de moros y cristianos (2009), Atlatlahuca, Tenango del Valle. Foto: Fernando Oscar Martín.

La raíz principal del proyecto senequista sobre la muerte voluntaria está en la dignidad. No se puede seguir vivo si no es digno seguir viviendo (para qué una tortura innecesaria). Por otro lado, tampoco se debe optar por el suicidio cuando ya no se resiste más, es decir, no se debe huir de la vida sino salir de ella; no hay que optar por el suicidio debido al miedo, el dolor o la cobardía, éstos sólo son válidos si involucran una cuestión racional. Apunta Séneca que “en la arena misma decide el gladiador lo que le conviene hacer” (1998: 82). Es claro que vida y muerte no implican el seguimiento de un compendio de reglas ni de una teoría del deber ser, sino de tomar decisiones en función del momento y de cada individuo.

No se puede generalizar la decisión de anticiparse a la muerte o aguardar su llegada en el caso de que una violencia externa nos amenace. Existen diversas circunstancias que nos pueden hacer elegir una u otra opción. Si se nos da la opción entre una muerte angustiante y otra sencilla y apacible, ¿por qué no escoger esta última?: “elegiré la nave en qué navegar y la casa en qué habitar, así también la muerte con qué salir de la vida” (Séneca, 2001: II, 307).

Aquel que ha sabido vivir, también sabrá morir. La muerte no equivale a un remedio o una curación, más bien, a una manera de evitar un mal prolongado que dañe la integridad, sobre todo mental. “Séneca nunca olvida que cuando nuestra situación parece desesperada siempre tenemos a la mano un remedio soberano, el

suicidio” (Veyne, 1996: 47). El suicidio no es una forma de evitar males, porque éstos sólo se saben, como tales, en la vida. Retirarse de la vida por propia mano es digno por ser una decisión propia o una libertad con la que todos nacemos.

La muerte es algo desconocido. Sólo se sabe de ella cuando nos percatamos de que los sucesos dejan de ser, sólo vivimos la ausencia del suceder. No es posible saber de nuestra muerte, no la experimentamos. La muerte no se siente, sólo se nota en la ausencia. Los individuos se duelen por ellos, son los que extrañan; se duelen de algo sin sentido:

En primer lugar es inútil dolerse si de nada te aprovecha el dolor; luego es injusto dolerse de lo que acontece a uno, pero que está reservado a todos; además es necio el disgusto que causa nuestra añoranza, cuando es mínima la distancia temporal entre la persona perdida y la que siente añoranza. Así que debemos ser tanto más ecuanimes por cuanto seguimos a los que hemos perdido (Séneca, 2001: I, 227).

El dolor por la pérdida de un ser querido debe durar poco tiempo: el llanto o la amargura no

solucionan nada. Por tendencia natural, los humanos creamos lazos afectivos con los demás, la aflicción por la pérdida es natural, pero todos vamos al mismo no-ser: la muerte, sólo que algunos se adelantan mientras otros esperan.

Séneca recomienda alegrarse de haber tenido a alguien antes que entristecerse por haberlo perdido. Es necio quien se cree eterno, pero más quien sufre por la condición mortal de otro, pues no entiende que morir no es bueno ni malo, sino lo más normal de la vida. El hombre no tiene en sus manos su destino, tiene, a cambio, la libertad de decidir cómo actuar en un caso dado:

Escoger bien el navío, el piloto, los marineros, la estación, el día, el viento: eso es todo lo que de mí depende. Pero si estando en alta mar se desata una gran tempestad, eso ya no es asunto mío sino del piloto. Y si el navío se va a pique ¿qué debo hacer? Sólo lo que depende de mí. No me pondré a lloriquear, no me atormentaré. Sé que todo lo que nace debe morir. Ésa es la ley general, y por lo tanto es preciso que yo muera (Brun, 1997: 101).

La sucesión de instantes que forma la vida se interrumpe definitivamente en algún momento, indispensable en la naturaleza, para dar paso a algo nuevo. Es digno de admiración el hecho de esperar este momento con tranquilidad, es estoico. Pensar en la muerte es pensar en la vida, pues nada se sabe vivo sin saber que ha de dejar de serlo, lo que implica una lección moralizadora: la condición de mortales iguala a los seres humanos.

El tiempo-vida y la muerte se encuentran estrechamente vinculados para formar la base de la moral. El curso de instantes alojados en la conciencia es limitado en algún momento por la muerte, lo que convierte al hombre en un ser finito. La condición mortal de los seres vivos, en general, y la conciencia que despierta en el ser humano, en particular, hacen del tiempo uno de los ejes de la acción moral humana.

Entonces, percatarse de que el hombre es un ser temporal y de que su estancia en el mundo es corta equivale a darse cuenta de que lo que resta es aprovechar el tiempo, para lo cual es necesario hacer uso de la razón; de lo contrario, el paso por la vida se hará aún más corto. El uso del tiempo es más claro en uno mismo, aunque se puede contemplar en los otros, sin que ello implique dejar de lado nuestra condición. El aprovechamiento o el no aprovechamiento del tiempo están en función de la conciencia que se tiene de él, cuya limitación es la muerte.

Cabe insistir en que la moral senequista se basa en la vida práctica, en la vida ordinaria que se constituye por instantes encadenados, que en algún momento serán interrumpidos por la ausencia de un continuo. Esta visión trágica no intenta bajar el ánimo; su objetivo es moralizar, siempre con base en la conciencia y en la condición finita del individuo: única característica vital capaz de asemejar a los seres humanos; de lo contrario, sería difícil imbricar el término moral en seres finitos.

Entre la vida y la muerte hay reciprocidad, ambas son necesarias en una vida moral. En cuanto al suicidio, es entendible la postura de Séneca, profundamente sentida y válida; pero no por ello hay que proclamarse a favor del suicidio en todo momento, sino cuando ya no es posible seguir aquilatando la vida sin la pizca de racionalidad que hará que los juicios ético-morales pasen de flacos a robustos.LC

REFERENCIAS

- Brun, Jean (1997), *El estoicismo*, José Blanco Regueira (trad.), México, UAEM.
- García-Borrón, Juan C. (1956), *Séneca y los estoicos. Una contribución al estudio del senequismo*, Barcelona, Instituto Luis Vives de Filosofía, CSIC.
- Séneca, Lucio Anneo (1998), *Tesoro de máximas, avisos y observaciones*, Barcelona, Edesa.
- Séneca, Lucio Anneo (2001), *Epístolas morales a Lucilio*, 2 tt., Madrid, Gredos.
- Veyne, Paul (1996), *Séneca y el estoicismo*, México, FCE.

OSCAR FRUTIS GUADARRAMA. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México. Estudiante de la Maestría en Humanidades: Ética, en la Facultad de Humanidades de la misma universidad.